

Cartas Hiperbóreas

El crepúsculo de las Dictaduras

=Envío del autor=

I.—Hace ya meses—muchos—cuando iniciábase el pasado año, dada la inquietud ambiente y esa especie de agotamiento imperceptible que se observa en la flojedad económica primero, y en la pereza oficial después, en un par de cartas anunciaba para esta etapa del 30 al 31 una caída sucesiva de naipes dictatoriales: ya no quedan a la hora que escribo sino la carta Machado, algo como una sota de oro grasienta que se inclina a la más leve brisa, el siete de espadas de Chile y el as de bastos de Caracas con su énfasis truculento y su aspecto priápico.

En el fondo y bajo toda fulminación—pues toda es válida y buena—mueve a piedad el final de estos mamarrachos «providenciales». Unos tienen cirrosis y se tratan el mal mientras los están tumbando; otros quieren arreglarse a última hora con una serie de paños calientes y cambios ministeriales. Los hay tozudos como Irigoyen que tórnanse locos de imperio y senilidad o volátiles como Borno... Los hay taimados a manera del guardia rural de Santa Clara o siniestros como el peón caminero del Táchira.

Pero a ratos surge uno lamentable y tembloroso, escapando en un barco para el primer puerto extranjero posible, como un comerciante quebrado o un falsificador con la policía en los fondillos.

Este payaso se llama Leguía: el «hombre providencial del Perú»... «El mejor amigo de Juan Vicente Gómez» y, por último, lo más conmovedor, el hombre de quien Alexander P. Moore, embajador de los Estados Unidos de Norte-América, se expresaba hace poco así:

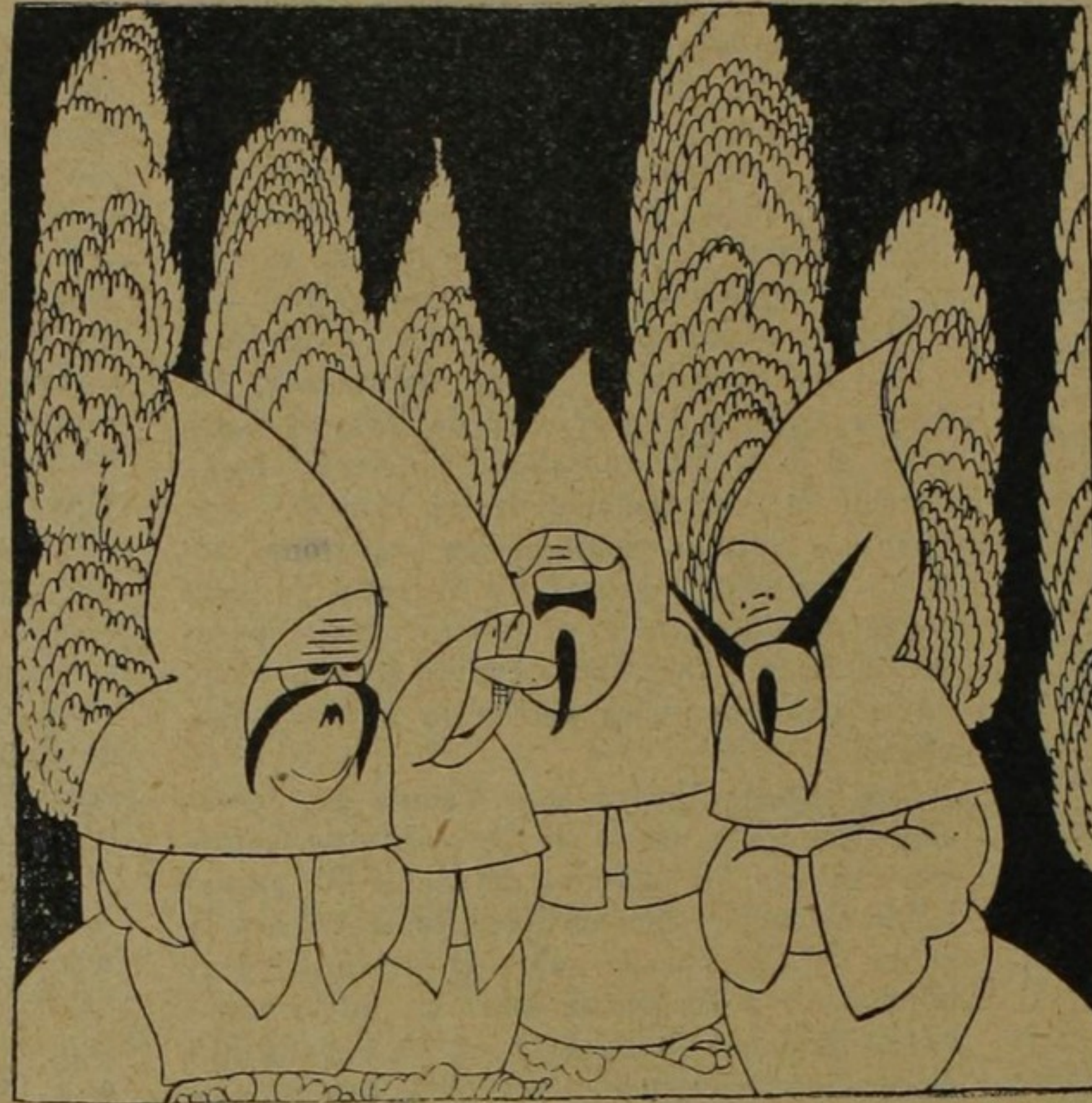
«Señores: puedo decir en conciencia que el Presidente Leguía compendia el valor de Alejandro, la estrategia de Napoleón y la diplomacia de Richelieu».

Yo no creo—ni nadie—que el señor Leguía sea un hombre de talento en el sentido recto. Que pícaro y mandaz sí que lo fue mandando. El hombre más o menos brillante en cualquier país del trópico que no sea el asno hechor de Maracay o el gondinflón locuaz de la Habana a quien un Moore de los tantos que van por ahí con letras patentes le endilgase el párrafo ése y—por lo menos—no hiciese declararlo a la cancillería de su país persona «non grata»,—o está loco de atar o es un infeliz.

Porque eso es burlarse de un modo sangriento del magistrado y del país adonde se va.

No se explica uno que estos hombres del trópico y sus panegiristas hayan perdido de tal suerte el sentido de las proporciones hasta llegar a creer estas concepciones delirantes de los García Naranjo y los Vallenilles y los Vásquez Bello, en la adulación desbordada.

Y si en medio a este reajuste de fuerzas, en este tornavuelta de sistemas anoto una consideración que podría parecer pueril,



El ocaso de los Dictadores

Por Bagarín.

—¡Señor, nuestra desgracia es haber permitido que los pueblos dejen de ser estúpidos!

débase a seguir leyendo en la prensa y en otras informaciones que aún continuamos en pleno Tarascón internacional, y que seguimos derrochando adjetivos...

Lo que hayan hecho en Santo Domingo o en La Paz no es cosa de Homero ni para ponerse en plena antología a derrochar adjetivos «intrépido», «heroico», «fulminante»... Ya de por sí el acto solo es su mejor elogio; y no se pague el militar resuelto que con sus compañeros le haya puesto fin a tal situación de que le arrojen flores y lo besen y lo aclamen. Esa misma turba que aclama, besa y florea, caso de que una deslealtad inesperada

José Rafael Pocaterria

Libros nuevos:

Luis de Zulueta: <i>La Edad heroica</i>	€ 2.50
Juan Dantín Cereceda: <i>Historia de la Tierra</i>	1.50
H. C. Morrison: <i>La práctica del Método en la enseñanza secundaria</i>	3.50
J. E. Segers: <i>La percepción visual y la globalización en los niños</i>	3.50
J. Bentata: <i>El juglar de los zocos. Cuentos</i>	4.25
C. H. Pareja: <i>Las obligaciones en Derecho Civil colombiano</i>	3.00
De la Fuente y Losáñez: <i>Elementos de cálculo Mercantil</i> (1 vol. pasta)	4.25
José Ortega y Gasset: <i>La rebelión de las masas</i>	6.50

hubiese dado al traste con la combinación de Arequipa, se alinearía silenciosa y hasta burlona en las aceras para ver entrar, preso, humillado, cargado de hierros, al héroe que ahora aclama si al homecillo de bombín y sonrisa le hubiera facilitado la suerte otro ruidoso éxito como el de Cajamarca para que echasen al vuelo las campanas del júbilo las viejas iglesias de Lima y el Congreso puesto de pies, secundando una moción del inefable señor Foción Mariátegui o de uno de esos innumerables Barrenechea o como se llame que pululaban como piojos en la pelambre tenebrosa de la vicuña peruana, declarase al señor Leguía «el hombre más grande de la humanidad».

No; no debe ser cruel el triunfador con el homrecito trémulo que está en la isla de San Lorenzo más muerto que vivó... Una ruda sanción económica y un gentil puntapiés para que se vaya a hablar en inglés con Mr. Moore o con ese otro entrometido de Reeves, doctor de no sé qué universidad americana que pide protección para la vida de Leguía «por humanidad» después que calló como un muerto ante las fechorías del limeño y que confunde sus atribuciones de dómine con sus deberes internacionales de miembro de la S. P. de A.

De estas sucesivas caídas de prohombres dictatoriales queda una enseñanza consoladora: que la especie degenera. Que si son largas en duración y vilezas las dictaduras intertropicales en cambio son sus representantes absolutamente ineptos, nulos y mediocres en cuanto a persona; mediocres de una mediocridad que inspira una lástima colérica...

Se enferman de los riñones; se van en aeroplano; fúganse por una puerta trasera; cogen, con el bofe en los dientes, el primer barco posible.

Ya no caen bajo el machete de Rayo, al pistoletazo de Balmaceda, o ante la poblada de Bogotá: se escurren, se disimulan, renuncian, evacuan el poder a media luz, entre familiares, como en una escena doméstica de cólicos.

Importa que no olviden en La Paz y en Santo Domingo, en Lima o en Port-au-Prince que a cada «regeneración» el regenerador comienza por «héroe cívico» y termina por «gendarme vitalicio», y que no es un hombre—ni un grupo dado militar o civil—lo que normaliza una sociedad o contribucionaliza un pueblo, sino la voluntad colectiva dócil, sensata, prudente, de espaldas a los heroísmos del epílogo y con vistas a la buena recaudación y a la no menos buena distribución de la riqueza.

En América de habla hispana hace falta otra especie del «héroe» legendario asalador de fortalezas y expugnador de tiranos, un héroe que no sea el poliorcetes de castillos pseudofeudales, un héroe práctico, un héroe utilísimo, un héroe de lo más heroico: el héroe económico.